

92

JOSE LOPEZ BERMUDEZ

CUAUHTEMOC

PRIMER HEROE DEL PUEBLO



HCD
ANE1
L8641c 1956
Ej.1 (02-8729)
BIB. NO. 2

MEXICO, D. F.
1956



02-8729

J O S E L O P E Z B E R M U D E Z

CUAUHTEMOC

PRIMER HEROE DEL PUEBLO

Discurso pronunciado por el C. Diputado José López Bermúdez, en representación de la H. Cámara de Diputados, durante la Sesión Solemne en que se descubrió la inscripción en letras de oro con que la actual Legislatura honró el nombre y la figura heroica de CUAUHTEMOC, el día 29 de diciembre de 1955



CUAUHTEMOC, PRIMER HEROE DEL PUEBLO

Por José López Bermúdez.

Si por estar inscritos en ella los nombres de los héroes esenciales, esta pared principal de la Cámara es muro de gloria, justo es declarar que faltaba el nombre de Cuauhtémoc, primer héroe del pueblo, para que esta misma pared fuese muro de México y baluarte sagrado de su historia.

Porque el grabar esa relación de nombres gloriosos, a partir de los paladines de la Independencia, de hecho era aceptar que, antes de ellos, nadie luchó o murió por la patria. Y la verdad es que Cuauhtémoc fue el último Rey del México antiguo y es el primer mexicano de la Patria Nueva.

Para explicar en este día las más bellas razones de su heroísmo, es necesario cantar una vida, abrir una tumba y anunciar una resurrección.

VIDA DE CUAUHTEMOC

Sahagún ha conservado las palabras sacramentales con que la sacerdotisa saludaba el nacimiento de un príncipe, el feliz alumbramiento del guerrero esperado:

“Esta casa donde has nacido no es sino un nido, es una posada donde has llegado, es tu salida a este mundo; aquí brotas, aquí floreces; aquí te apartas de tu madre, como el pedazo de la piedra donde se corta...”

“Tu propia tierra otra es, en otra parte estás prometido, que es el campo donde se hacen las guerras. Tu oficio y facultad es la guerra, tu oficio es dar de beber al sol con la sangre de tus enemigos, y dar de comer a la tierra que se llama Tlaltecuhltli, con el cuerpo de tus enemigos. Tu propia tierra y tu heredad y tu padre, es la casa del sol, en el cielo; allí has de alabar y regocijar a nuestro Señor el Sol”.

Desde los tres años, como era costumbre, la madre inició su severa educación de varón mexica: auxiliar a los padres en las tareas domésticas, temer y amar a los dioses, comer con sobriedad, jugar con sana travesura, respetar a los mayores, llevar con humildad las gracias del espíritu.

Jamás necesitó Cuauhtémoc corrección o azotes. En aquel príncipe de los mexicanos, se había dado, de modo natural, la serena conciencia del agua y la constancia majestuosa del águila. No olvidéis que del agua brotan la claridad y la tormenta. Y del alma del águila viven el ala y la garras.

EL CALMECAC

Al cumplir 15 años, Cuauhtémoc fue al Calmécac, escuela de la nobleza mexicana.

Otra vez acudamos a las páginas de la tradición, para oír el mandamiento materno, al despedirlo de su casa:

“Ahora, ve a aquel lugar donde te ofrecieron tu padre y tu madre, que se llama Calmécac, casa de lloro y de tristeza, donde los que allí se crían son labrados y agujereados como piedras preciosas, brotan y florecen como rosas; de allí salen como piedras preciosas y plumas ricas, sirviendo a nuestro Señor; y allí reciben sus misericordias; en aquel lugar se crían los que rigen, señores y senadores y gente noble que tienen cargo de los pueblos; de allí salen los que ahora poseen los estrados y sillas de la República...”

En el Calmécac, Cuauhtémoc conoció los rigores y los secretos del mando militar, los libros de la religión, la belleza de los cantares, las observaciones de los astrónomos, el caracol de músicas de la poesía. Porque el Calmécac, era cuartel para aprender las disciplinas de la guerra; templo para amar las normas de la moral indígena; convento para alumbrar las virtudes de la inteligencia y aula para ejercitar los heroísmos de la voluntad.

Allí conoció Cuauhtémoc la historia de su pueblo. Siete siglos de peregrinaciones pasaron frente a sus ojos. Lo que más debe haberle conmovido es el relato de la última caminata que duró trescientos años. Un dios implacable ordenaba a las gentes de su pueblo, sufrir y merecer, conocer y viajar. Y sufriendo y viajando anduvieron desde Aztlán hasta la heroica y grande Tenochtitlán. Pueblo enamorado de las aguas, antes de fijar su asiento definitivo en el valle luminoso y la región lacustre en que, al decir de Fray Manuel de Navarrete, existe “una luz resplandeciente que hace brillar la cara de los cielos”, había establecido su temporal y fresca morada en Aztlán, sitio de blancura o lugar de garzas; en Chapala, perla de lagunas; a orillas de Pátzcuaro, el lago defendido por los indómitos tarascos; y en Chapul-

tepec, el lago a cuyos pies vivían los ahuehuetes, frondosos como la esperanza de un niño, y viejos como el dolor del mundo.

En el Calmécac conoció Cuauhtémoc la historia de sus reyes: Acamapichtli, Huitzilíhuitl, Chimalpococa, Ixcóatl, Moctezuma I, Axayácatl, Tizoc, Ahuizotl y Moctezuma II.

Allí conoció el mito de sus dioses crueles: Huitzilopochtli, Señor del Sol y de la Guerra; y Tezcatlipoca, dios de la Sombra y de los Hechiceros. Cuauhtémoc conoció allí también la leyenda de los dioses buenos: Tláloc, el que hacía germinar los campos en la tibia primavera de los granos; y Quetzatcóatl, el que bebió el licor del infiel Tezcatlipoca, y sintiendo el frío mortal de los humanos, caminó hasta el mar, armó una balsa y se perdió en las olas. Pero juró volver y ser otra vez, no dios, sino hombre. Es decir, otra vez varón de amor y tierra.

En el Calmécac conoció Cuauhtémoc las glorias de la Gran Tenochtitlán,

*flor de cielo y piedra, transportada
en hombros de las masas escultoras;
ciudad de cuatro puertas, orientadas
al cielo de los dioses cardinales.
Cerebro y centro de un imperio
que dilata la luz de sus confines
más allá de los más remotos trinos,
más allá de las selvas implacables.(x)*

Del Calmécac salía Cuauhtémoc a recorrer el valle, a realizar sus diarios ejercicios. Por la noche volvía al templo, cargado de hierbas olorosas, coronado de leña.

El cielo del valle le daba una clara, una eterna lección de inmensidad. Y a fuerza de subir a la montaña, la montaña acabó por subirse sobre él.

6 (x) Canto a Cuauhtémoc.

Era la primera vez que México aprendía a labrar un héroe. Y para construirlo bien, en él juntó montaña, cielo y hombre.

CUAUHTEMOC EN LA HISTORIA

Cuauhtémoc aparece en las páginas de la historia, derribando a un rey indigno y destruyendo el mito de sus dioses.

Fácil es recordar lo que todos sabemos: Pedro de Alvarado, a quien los mexicanos llamaban Tonatiuh por el fuego de sus cabellos dorados, no obstante haber concedido a los sacerdotes y guerreros tenochcas permiso para celebrar en honor de Tezcatlipoca las fiestas bélicas consagradas por el quinto mes indígena, al mirar asombrado la danzante policromía de las túnicas rojas y doradas, el constante fulgor de las pesadas arracadas, las musculosas piernas ceñidas de aros provenientes de metales preciosos, los brazos armoniosos y púgiles y las gargantas palpitantes brillando en el fulgor de brazaletes y collares de oro, ordenó cerrar las puertas del templo mayor; y dando la señal de fuego, consumó una de las matanzas más oprobiosas de nuestra historia.

Y ahí en el Palacio de Axayácatl, queriendo calmar la ira de los mexicanos, tomando por escudo el cuerpo inerme y desfallecido de Moctezuma, logró que aquel rey, pálido y doliente, hablase por boca de uno de los suyos:

“¡Mexicanos! os ruega Moctezuma que lo oigáis:

No igualamos en fuerza a los españoles. Deponed el arco y los escudos, pues no olvidéis el desamparo en que coloca vuestra acción a los niños, a los ancianos y a los indefensos. Moctezuma ha sido encadenado con hierros en los pies”.

Fue entonces cuando Cuauhtémoc gritó:

“¿Qué es lo que dice ese bellaco de Moctezuma, mujer de los españoles, que tal se puede llamar al que con ánimo mujeril se entregó a ellos de miedo? ¡No le queremos obedecer porque ya no es nuestro rey y como a vil hombre le hemos de dar castigo y pago!”

Después de las palabras de Cuauhtémoc, subieron las piedras y las flechas. Moctezuma cayó. Con él caía el alma vacilante de un monarca destronado por la duda; desde su alto pedestal de miedo, caía el triste Moctezuma, petrificado y sucio de flaquezas.

Caía el rey que creyendo escuchar y servir al mandato de sus dioses, quiso detener con embajadas y públicos trofeos el paso airoso de un conquistador que, soñando reinos de extensiones increíbles, tesoros fabulosos y ejércitos de esclavos, veía aumentada la sed de su codicia con el deleite de ese ardiente vaso de riqueza.

Y caía también el mito del retorno de Quetzatcóatl, de quien los españoles fueron tomados por Moctezuma como descendientes, a la sola descripción de sus primeros mensajeros, que le hablaron de “cómo sanciona su orden el arma de fuego... Y si la bala encuentra una montaña se derrumba, se queda en escombros, y si encuentra un árbol, entonces se despedaza... Porque puro hierro forma su traje de guerra, con hierro se visten; con hierro cubren su cabeza; de hierro consta su espada, de hierro su casco, de hierro su lanza, y sus ciervos (los caballos) los llevan sobre sus lomos...”

Por ello en su primer entrevista con el conquistador, Moctezuma habría de confesarle: “Siempre hemos tenido que los que de él descienden, habrían de venir a sojuzgar esta tierra y a nosotros, como a sus vasallos. Y según de la parte que vos decís que venís que es donde sale el sol y las cosas que decís de este gran señor o rey que acá os envió,

creemos y tenemos por cierto el ser (Quetzatcóatl) nuestro señor natural”.

Así fue como al grito de Cuauhtémoc, una sola piedra derribó dos sombras. Y una sola flecha atravesó dos aves: el ave del miedo y el ave del mito. Miedo a los blancos y mito de sus propios padres. Ya podrían ahora pelear en un combate de hombres, quienes habían sido recibidos como dioses. También ellos, como lo había probado el valiente Cuauhpocapa, eran hombres y guerreros de alma y crueldad perecedera. Quetzatcóatl había jurado volver para reinar y vencer entre los hombres, mas este conquistador temible y sanguinario, montando bestias de fulgor y viento, parecía querer vencer y reinar entre los muertos.

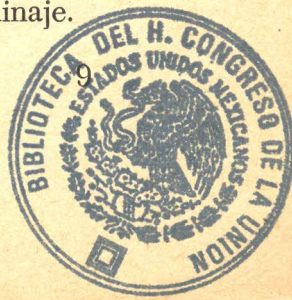
CUAUHTEMOC Y LA GRAN TENOCHTITLAN.

Habiendo fallecido Cuitláhuac, legendario vencedor de la Noche Triste, Cuauhtémoc, ya consagrado rey de los mexicanos, se dispuso a defender la Gran Tenochtitlán, la ciudad que ahora, bajo andamios de sangre, yace sosteniendo el área de esta nueva urbe solar, esta nueva cuna patricia, a quien Balbuena

*llamó en cordial lengua de amores,
flor de ciudades, piélagos de gentes,
alma del gusto y cielo de la tierra. (x)*

Cuauhtémoc, durante los días en que ordenaba abrir fosas profundas provistas de largas y punzantes estacas para inutilizar a los caballos, cortar puentes y pasos de acceso, levantar muros y albarradas, celebró sus bodas con Tecuichpo, la viuda de Cuitláhuac, a quien Bernal Díaz veía “demasiado hermosa para ser india”, defendiendo así el honor de un rey muerto y honrando el lazo amoroso de su egregio linaje.

(x) *Canto a Cuauhtémoc.*



Trece bergantines, armados en Texcoco, componían la flota invasora, dispuesta a ganar la batalla en la laguna que servía de cerco a la ciudad labrada sobre el inmenso corazón del agua.

Trescientos mil hombres de guerra, divididos en tres sonoros cuerpos, avanzaban auxiliados por una tropa de labriegos cuya misión era cubrir fosas y abrir nuevos pasos y puentes, luchando por ahogar el alma de la gran Tenochtitlán en tres grandes cadenas, en tres grandes cárceles de hierro, en tres grandes círculos de hambre, sed y muerte.

Cuauhtémoc dispuso que evacuaran la ciudad, los niños, los ancianos, los enfermos. Envío mensajeros a los pueblos vecinos; si eran amigos, les ofrecía la dispensa de tributos. Si eran pueblos enemigos, les enviaba una promesa de inquebrantable respeto y una seguridad de alianza y ventura.

Cuando Cuauhtémoc decidió la lucha, sólo Tetzlepanquétzal y Coanacoch, los otros dos señores de la triple alianza, guardaban lealtad a su realeza. Tlaxcaltecas, chalcas, huejotzincas, chololtecas, tepeacananenses, texcocanos, alzaron, entre otros, ira y brazo bajo el terrible sol de las espadas.

¡México jamás sufrió tanta desgracia, como la cruel desgracia armada con puños de sus propios hijos!

Primero fue la batalla de las aguas. Lucharon bergantines y canoas, hasta que al fin de la bárbara proeza:

*...otra vez en sus naves los remeros,
no remaban con remos dorados
el agua y los soles del lago;
con remos rojos, los remeros remaban
el agua y la última luz de su sangre. (x)*

Siguió la batalla de los templos. La lucha acabó cuando cayó el último defensor de sus dioses, sobre la última columna de sus templos. Vino después la batalla de los brazos:

10 (x) *Canto a Cuauhtémoc.*

*contra aquellos que a caballo
y protegidos de armaduras y de lanzas,
veían surgir nuevos guerreros
brotados de las débiles trincheras
alzadas con el pecho de los muertos.*

*Los anales de piedra lo marcaron
en noventa días de duración;
noventa días de hambre y agonía;
noventa días en las espinas de la sed;
noventa días en que la muerte
labró sus blancas, inmóviles canteras
y sepultó el zumbido de las flechas
de un pueblo sin cantos ni diademas
y una ciudad sin muros y sin lágrimas.*

Con razón Altamirano afirmó: “Cuauhtémoc no consultó a la esperanza, sino al valor y al honor; y hasta el último instante, abandonado del cielo y de la tierra”.

Fue hasta entonces cuando Cuauhtémoc cruzó las aguas de la ciudad muerta, en una frágil barca de un solo remero, en donde iba la bella Tecuichpo. Y al ser alcanzado por la nave de García Holguín, pidió ser llevado ante Cortés. En su presencia exclamó:

*“Capitán Malinche: ya he hecho lo que estoy
obligado en defensa de mi ciudad. Y no pue-
do más. Y pues vengo por fuerza y preso ante
tu persona y poder, toma este puñal y máta-
me luego con él”.*

Cortés, que, turbado ante tales palabras del varonil rey vencido, no había podido evitar que Cuauhtémoc con gran ligereza tomara el puñal de su propio cinto, tratándole con

palabras blandas y amorosas” le respondió: “que le tenía gran estimación por haber sido tan valiente y haber defendido su ciudad, que no tenía ninguna culpa y que descansaran su corazón y los de sus capitanes. Y que él mandara a México y sus provincias, como antes”.

Cuauhtémoc, al entregarse al puñal del conquistador, otra vez retaba a sus dioses y violaba la costumbre sagrada de su pueblo. No era el sacrificio del corazón de sus últimos guerreros, ni el tributo de la sangre cándida y ardiente de los niños y de las mujeres, el recurso para salvar su cetro y su ciudad.

Cuauhtémoc no obró como Agamemnon, que camino de Troya para vengar el robo de Helena, que al decir del poeta era “toda la belleza del mundo hecha trenza de oro en su cabeza”, invocó el nombre de la diosa Artemisa para hacer propicio el ímpetu del viento y el vértigo de la marea que amenazaban destruir la mole guerrera de sus barcas. Y por conservar el mando de sus huestes y lograr el signo venturoso de la diosa, aceptó, requerido por ésta, sacrificar, con el golpe de bronce de sus armas, el corazón cálido y puro de Ifigenia, su propia hija.

Cuauhtémoc no obró como Abraham, quien, según el Génesis, tentado por Jehová, quiso probar su obediencia y su temor a Dios, y edificó un altar, puso sobre el altar la leña y ató a Isaac, su único hijo, y sólo una voz del cielo, pudo evitar que por temor a Dios, a Dios ofreciera la sangre del amado y único hijo.

Cuauhtémoc no quiso sacrificar a nadie. Y al pedir que el Conquistador con su puñal le privase del aliento, Cuauhtémoc quería marchar hacia la muerte para que su pueblo pudiese caminar hacia la vida.

CUAUHTEMOC Y EL TORMENTO

No obstante las falsas alabanzas de Cortés, Cuauhtémoc fue sometido a cautiverio. Y después de una noche de infamias y lujurias, fue puesto en las llamas del tormento.

Los mexicanos debemos recordar eternamente a nuestros hijos las palabras que Cuauhtémoc dijo a su compañero de martirio, cuando éste suplicaba, con la agonía en sus ojos, permiso para revelar el sitio del tesoro: ¿Acaso estoy en un lecho de rosas?

Con esa frase Cuauhtémoc selló el destino de un pueblo que sabe, como él, cantar sobre las llamas del propio sufrimiento.

MUERTE DE CUAUHTEMOC

Cuando Cortés emprende a principios de febrero de 1525 su expedición a las Hibueras, lleva consigo a Cuauhtémoc, a Tetzlepanquétzal y a Coanacoch, señores de México y de Tlacopan, y tropa en número de 3,000 guerreros.

Han tenido que cruzar tierras y pantanos en jornadas angustiosas. Y han podido vencer bajo el cielo inclemente de Tabasco, el paso del río San Pedro, afluente del gran Usumacinta, con un enorme puente, que en sólo cuatro días construyeran los mexicanos, cuya ingeniosa y recia estructura consta de “más de mil vigas del grueso de un hombre, sin contar las menores”.

El 26 de febrero arriban a una pequeña población, en pleno bosque, perteneciente a la provincia de Acallan cuya capital es Izankanac, ya en campos del hoy Petén guatemalteco.

Cuauhtémoc recibe ahí la visita de los señores de Acallan.

Y sintiendo el dolor de sus reinos deshechos y la ausencia de sus lagos, entonces convertidos en tristes espejos san-

grientos, así celebró el saludo de los jefes y señores de Acallan:

“Esforzaos, nobles acallantlaca, lo más que podáis con la ayuda de nuestros dioses. Estad contentos. No vayáis a pueblos extraños. Sed felices aquí, para que no ocasionéis dolor a las gentes del pueblo, a los viejos, a los niños que están todavía en las cunas y a los que apenas comienzan a caminar, a los que están jugando. Tened cuidado con ellos y compadeceos de ellos. Amadlos. No los abandonéis. Y os lo recomiendo expresamente, porque nosotros seremos enviados a Castilla. ¿Qué sé yo si regresaré o pereceré allá? Quizá no vuelva a veros. Y sólo digo esto: ayudadme en alguna forma con algo para que yo pueda dar la bienvenida al gran señor que es soberano de Castilla”.

A estas palabras enternecidas, los señores de Acallan respondieron:

“Oh señor y amo: ¿Acaso eres tú nuestro súbdito, humillándote? No te intranquilices, porque aquí está tu propiedad. He aquí tu tributo”.

Y pusieron a los pies de Cuauhtémoc el fervor de un homenaje contenido en ocho canastas de joyas de oro, jade y plumas de aves preciosas, de esos cielos donde reina el fulgor luciente del Quetzal.

Entregado el tributo a Cortés, los señores de Acallan se ausentaron llenos de regocijo. Y la tropa indígena diose a cantar y danzar. Sus señores, en medio del cántico y del fuego, platicaban de luchas y añoranzas. Era el martes 28 de febrero, la noche cristiana del carnaval y se dice que un hombre de origen otomí, denunció a la Malintzin, y ésta a oídos del Conquistador, que los hombres de Cuauhtémoc tramaban aniquilarlo.

Cortés, sin oír ninguna declaración y sin exigir pruebas, ordenó que se aprehendiese con sigilo a los señores de México. Cuando la gente dormía, fatigada de danzar en medio de la selva, al compás del tambor salvaje, los hizo colgar del tronco de una ceiba.

Antes de morir Cuauhtémoc, lanzó a Cortés estas voces airadas:

“¡Oh! Malinche, días había que yo tenía entendido que esta muerte me habías de dar, y había conocido tus falsas palabras. ¿Por qué me matas sin justicia? Dios te lo demande, pues tú no me la diste cuando te entregué mi persona en mi ciudad de México”.

Así terminó la vida de Cuauhtémoc. Con ella principia una epopeya cuya primera página fulgurante fue escrita por la sangre de un pueblo y la sangre de un héroe.

EL PUEBLO Y EL SANTO

El Conquistador siguió su marcha. Mas 33 guerreros desertaron de sus filas. Volvieron bajo la ceiba del bosque de Acallan y descolgaron amorosamente el cuerpo de su rey y señor. Lo envolvieron en hojas olorosas y en mantas finas, y caminaron durante cuarenta días y cuarenta noches hasta

depositarlo en los límites del señorío de Ichcateopan, la tierra de su madre.

Allí duró enterrado cuatro años. Pero el alma del pueblo se comunicaba con el alma del santo. Así fue como Motolinía, llegado a Ichcateopan con título de Protector de los Indios, escuchó la confesión de aquel secreto. Ordenó que fuesen de esa tumba los restos sacados y dioles entierro nuevamente en el centro del Teocalli sagrado del señorío de Ichcateopan. Sobre ellos construyó un altar y sobre el altar edificó una iglesia.

Así se cumplió la segunda etapa de esta epopeya. Fue el 29 de diciembre de 1529. Es decir, hoy hace 426 años. Para que esta callada hazaña de bondad se consumara, se unieron la lealtad de un pueblo y la lealtad de un santo.

400 AÑOS DE SILENCIO

La tercera etapa de esta epopeya la hizo el pueblo solo. Guardó cuatrocientos años de silencio. El secreto pasaba de los padres a los hijos. Todo el pueblo lo sabía, porque estaba expresado en las danzas cuyo ritual repetía la ceremonia de la muerte de su rey y señor.

Fuera del pueblo, a nadie fue revelado. Hasta que una confesión pública hecha en la iglesia de Ichcateopan, dió origen al descubrimiento. Y en ese hecho comienza la lucha y la victoria de una tradición.

EL VEREDICTO PERTENECE AL PUEBLO

Compañeros diputados: yo he pesado con meditación y con amor cada una de mis palabras. Por ello declaro en este día que esta Cámara no es un tribunal de la historia; que nosotros no podemos decidir si es auténtica o no la tumba

de Ichcateopan. A otras autoridades compete esta declaración. Y más que a ellas, el veredicto pertenece al pueblo.

Sí hago votos como mexicano, porque la Secretaría de Educación Pública dé cumplimiento a un propósito ya declarado: publicar las pruebas históricas y los testimonios de la ciencia que tratan de hacer luz sobre el hallazgo de los restos de Cuauhtémoc. Y que en la misma publicación se den a conocer testimonios y pruebas de sus impugnadores.

Quiero expresar esto también: yo estuve en el templo de Ichcateopan. Estuve el día en que los poderes de Guerrero, en pleno, representados por el Gobernador, los senadores, los diputados federales y el Congreso local, se reunieron para declarar al templo de Ichcateopan recinto oficial y altar sagrado de la patria.

En esa ocasión solemne, yo tenía que pronunciar un discurso a nombre de mi Partido. Tenía frente a mí un dilema: por un lado, la negación de los falsos sabios. Por otro, la revelación en el llanto del pueblo. En sus ojos había lágrimas que caían rezando, lágrimas que velaban el sueño de su rey y señor. Yo tomé partido: ¡las lágrimas del pueblo!

Entonces dije a los guerrerenses, a quienes veo aquí en la Cámara otra vez unidos y representados por el nuevo Gobernador, sus nuevos senadores, sus diputados federales y su Cámara local, estas conmovidas palabras:

¡Decid a vuestros hijos que con él nace el primer mexicano de la historia. Que su conducta heroica a todos nos ampara. Y a todos nos mide. Que su vida es la más honda enseñanza de la patria. Y su martirio, el más alto lucero de nuestra nacionalidad!

DESTINO DE DOS TUMBAS

Y hoy digo a ustedes: la decisión histórica sobre la autenticidad de un héroe, no la puede dar un debate estéril

que hemos superado. La da el testimonio y el destino de dos tumbas.

Con diferencia de tres años, se realiza su descubrimiento. En una, están guardados los huesos del Conquistador, aquél de quien Enrique Heine dijera: "En su cabeza llevaba el laurel y en sus botas brillaban las espuelas de oro. Y sin embargo, no era un héroe ni era tampoco un caballero".

En otra tumba están amparados los huesos de Cuauhtémoc, el héroe de quien bellamente afirmara un poeta nuestro: "Su vida es la flecha más alta que ha herido los ojos del sol y ha seguido volando en el cielo".

Y es que la muerte tarda a veces cuatro siglos para dar una lección de justicia. La tumba del Conquistador, nadie la discute; su muerte no convoca los fervores ni los cantos del pueblo. Esa tumba guarda el cadáver de un hombre que mandando pueblos inocentes, se mató a sí mismo. ¡El sí está muerto!

La otra tumba, la de Cuauhtémoc, al abrirse, anuncia una resurrección. No la resurrección de un dios. Ni la de un rey: la resurrección de un héroe. Un héroe no resucita para un cielo, sino para una patria. Porque el rey se ha convertido en hombre y el héroe se ha convertido en pueblo.

No es la victoria la que perpetúa una vida y le da proyección histórica. El héroe actúa, no por la victoria, sino por el ejemplo. Así, el vencido en las batallas de la vida, es hoy el vencedor en las batallas de la historia.

Porque nuestra nacionalidad no nace de la espada de Cortés. Nace del martirio de Cuauhtémoc.

Tampoco la espada de Cortés representa a España, eterna madre nuestra. A esa España inmortal la representa Isabel, la reina que cambia sus joyas por el descubrimiento de un Nuevo Mundo. La representa Cristóbal Colón, joven pastor del agua, limpio dios de las olas, poeta de los navegantes y jinete de la tempestad.

A la España verdadera, la representa Fray Bartolomé de las Casas, el que pidió al rey que a tierras de Indias enviase maestros y labradores. Maestros con un modo de enseñar que hablase a la voluntad con ternura, y con sabiduría al entendimiento. Y labradores que viniesen a poblar nuestro mundo, de árboles, hijos y espigas. Pero Fray Bartolomé reclamó también al rey que no enviase a nuestras tierras matadores de hombres y verdugos de siervos.

A España la representa Fray Juan de San Miguel, el que construyó San Miguel el Grande como si fuera un inmenso retablo rural, y trazó la florida construcción de Uruapan, no dejando casa sin huerta ni huerta sin manantial.

A España la representa Vasco de Quiroga, soldado de bondad, cristo de esclavos, que forjando herrajes, y amasando barro, hizo sabias las manos de los indios y gozosa y limpia la mesa de los pobres.

Esos civilizadores, fundadores de pueblos, son los misioneros que representan a España. Y en ellos sí reconocemos a nuestros padres.

Mientras los conquistadores acumulaban tierras, esclavos y oro, y la crueldad del látigo y el hierro prohibían su diálogo con el siervo, la palabra de los misioneros se comunicaba con el humilde para decirle que también él estaba llamado a gozar los frutos del bien y las fiestas del conocimiento. De tal modo que la palabra del misionero comunicada con el alma del pueblo, llegó a ser el único puente que el indio cruzaba para asomarse a la esperanza y al sol de la vida.

Si el conquistador fundó la esclavitud y la destrucción pensando, como Fernández de Oviedo, que “la pólvora que mata a los infieles es incienso en alabanza del Señor”, el misionero, con la sola fuerza de la fe, detuvo su obra de exterminio y arrojó en el viento del futuro, la semilla de la libertad.

Sin esos varones, sin esos combatientes de la hidalguía española, España hubiera sido no la madre sino la asesina de América.

Por razones y causas paralelas, en nuestra historia no representa al movimiento de Independencia, la victoriosa espada de Agustín de Iturbide, sino el heroico y vencido misal de nuestro Padre Hidalgo.

Por esas mismas razones y causas, la época y el espíritu de la Reforma no están representados por la espada imperial de Maximiliano, ni la espada traidora de Márquez, Miramón y Mejía, sino por el pecho de bronce y la Constitución de Juárez, ese otro indio inmortal de quien yo afirmé, en el templo de Ichcateopan, estas palabras que no me cansaré de repetir: Como Juárez no poseía el poder de Dios, no pudo decir ¡hágase la luz! Mas como Juárez poseía la luz y la fuerza de su pueblo, dijo: ¡Hágase la ley! Y se hizo la justicia de los mexicanos.

Todo lo que está dicho hoy, ya estaba cantado antes. Por eso, este día en que el Presidente de la Cámara va a descubrir la inscripción en oro del nombre del más puro de nuestros héroes, hemos de recordar que Cuauhtémoc no es el águila que cae. Es el águila que desciende. Y el águila en el idioma de los mexicanos también es el símbolo del sol. Cuauhtémoc, por ello, no es el ala que se derrumba ni es la llama que se extingue. Cuauhtémoc es el ala que vuela eternamente. Y es el sol cuya luz brilla en el cielo de todos los días.

Como esto ya estaba cantado, el discurso de hoy no puede manchar la letra estremecida, el himno fervoroso de ayer:

*ALABADO seas, Señor, porque caído,
venciste con nobleza a tu enemigo;
el que llenó tu rostro de lisonjas
para después llevarte al cautiverio;
el que siendo hermano de tu fe*

*por el agua lustral de tu bautismo,
quiso comprar la luz de tu riqueza
roído y ciego de avaricia,
al precio del dolor en tu martirio.*

*Alabado seas, Señor, por tu sonrisa,
porque ella floreció sobre las llamas,
y avivó tu fuego para el pueblo.*

*Alabado seas, Señor, porque la ceiba
en cuyas ramas fuiste asesinado,
al mirar la muerte de tus ojos
ella murió del llanto de sus saviás.*

*Alabado seas, Señor, porque alentaste
el infeliz amor de tus soldados,
que huían de las filas del malvado
que hizo crecer tu cielo con tu horca.*

*Alabado seas, Señor, porque encendiste
el corazón lozano y cauteloso
de aquellos que cruzaron el desierto
y el silencio caudaloso de tus selvas,
hasta ocultar en la tierra de tu madre
la lápida inmortal de tus despojos.*

*En vano se discuten tus cenizas;
Señor: del polvo de tus huesos nace
el polvo santo de tu patria;
la flor, el mar, el sol de tu extensión,
nacen del fulgor de tu martirio.*

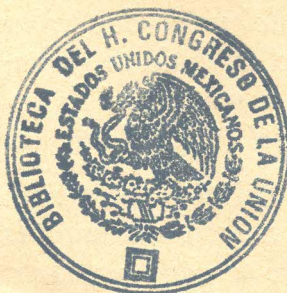
*En vano, Padre, los sabios deliberan
y quieren, con una esquirla de tus huesos,
construir tu perfil y tu estatura.*

*Oh, mancebo de la altivez, hoy creces;
crecen tu frente y tu sonrisa,
hasta tocar el muro azul de los luceros.*

*Creces hoy, Señor, para vencer
al fugaz falsario de tu historia;
al que negó tu sangre,
al que indignamente lleva
la piel y el labio de tu pueblo.*

*Creces como las blancuras del volcán,
creces como un bosque de pájaros y trinos,
creces para el fervor del desvalido,
creces para la esperanza de los débiles,
creces para el desamparo de tu pueblo,
creces para la luna de los niños.*

*Creces, Señor, y junto a ti, tu pueblo crece;
tu pecho es un muro de la ciudad antigua;
camina contigo una nueva pirámide;
y contigo, Padre, otra vez camina el pueblo.*



Imprenta de la H.
Cámara de Diputados